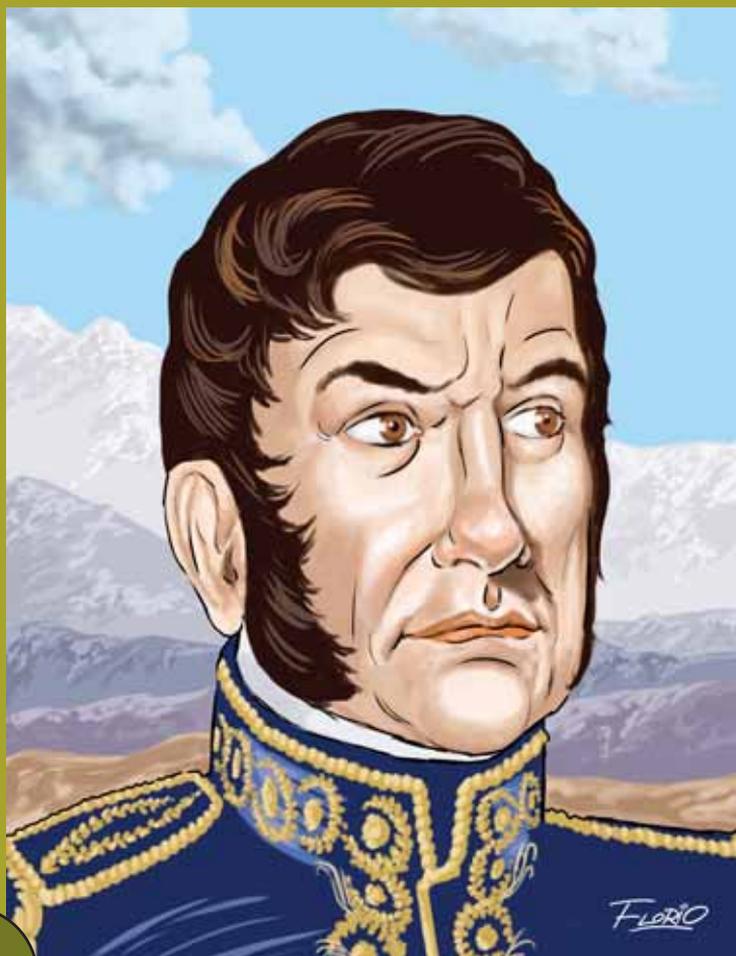


Parque Nacional El Leoncito

El cielo está cerca

Omar Lobos



Parques Nacionales: leelos, cuidalos, disfrutalos

El cielo está cerca

Omar Lobos



“El cielo está cerca”, de Omar Lobos

Ilustraciones: Diego Florio

Diseño de tapa y colección: Campaña Nacional de Lectura

Colección: “Parques Nacionales: leelos, cuidalos, disfrutalos”

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología

Unidad de Programas Especiales

Campaña Nacional de Lectura

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129-1075

campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lees

República Argentina, 2007

El general se sentía como asfixiado dentro del cuarto que le habían destinado los dueños de la estancia. Eran muchos los problemas, los preparativos y... las esperanzas que tenía. Por eso abandonó sus papeles y sus mapas sobre el escritorio y decidió salir a tomar un poco de fresco.

Respondió apenas con la cabeza cuando los soldados de guardia apostados en el corredor se cuadraron ante él, y así pensativo se alejó por el patio. El senderito estaba bordeado por retamos en flor, cuyo color amarillo parecía



refulgir con luz propia, pero el general no les prestó atención. Estaba por emprender una gran campaña con su ejército para liberar a su patria, y eso era lo que lo tenía tan apesadumbrado.

Ya hacía rato que la noche había tendido su oscurísimo manto sobre la Sierra del Tontal. Alrededor de un fogón, algunos hombres conversaban y se escuchaba una guitarra, y allá en los corrales de la estancia El Leoncito dormían ya las caballadas. Más lejos, al oeste, podía sentirse la presencia tremenda del murallón de los Andes.

Muchas cosas pensaba el general, pensaba también en su mujer y en su hija, de quienes casi siempre había vivido separado. Suspiró, y con el suspiro levantó la vista. ¡Qué cielo!, exclamó para sus adentros. De veras, pocas

veces había visto un cielo tan puro y tachonado de estrellas como este, y eso que en su vida de soldado había contemplado muchas noches, pasadas a la intemperie.

Sus pulmones se llenaron de aire fresco y su alma se alivió.

–Las estrellas, tan lejanas, aquí se sienten más cerca –pensó–. Las estrellas titilan, igual que mi esperanza.

La Vía Láctea era una luminosa franja blanquecina que atravesaba el cielo. Sabía el general que así la habían bautizado los griegos, quienes explicaban su origen narrando que Hércules, siendo un bebé, mordió el pezón de la diosa Hera cuando lo estaba amamantando; Hera, dolorida, dio un tirón hacia atrás y un chorro de su leche se estampó en el cielo.

Los hombres siempre se sintieron atraídos por el cielo nocturno, y fueron imaginando en él diversos trazos y dibujos a los que dieron el nombre de constelaciones. Algunas representan animales, como el tucán, la grulla, el pavo, o personajes mitológicos, como Orión y Tauro.

Pero el general miró la Cruz del Sur, su guía principal para orientarse junto con el Puñal, que siempre apunta al norte.

–¿Veré libre a mi patria? –preguntó despacito el general. Hubiera querido preguntar eso a gritos a sus amigas estrellas, pero no se animó. Y también hubiera querido preguntar bajo qué cielo le tocaría morir. Es que esa bella noche sanjuanina le despertaba preguntas muy profundas. Por un momento había olvidado sus mapas, sus planes y sus preparativos, es decir todas las cosas que lo sujetaban a la tierra, y sus ojos y su alma se habían puesto a volar.

Imaginó un cuento para su hija. Nunca le había contado un cuento.

“Había una vez un soldado, que había puesto su brazo en las batallas al servicio de reyes de tierras extrañas. Hasta que un día sintió nostalgias de su patria lejana, una patria del sur que estaba luchando por conquistar su independencia. Tomó un barco y regresó a ella.

En esas largas noches en el medio del mar, vio por primera vez la estrella, una estrellita que titilaba perdida en el medio del cielo. Pero sin embargo algo la destacaba del resto. La estrella parecía latir, comunicar alguna cosa con su parpadeo. Desde ese día, el general la buscó cada noche en la cubierta del barco, y la estrellita parecía indicarle un

rumbo. Así lo entendió él, y desde entonces tuvo una estrella que lo guiara, como a los magos de Belén que fueron a visitar al Niño Dios.

Al principio la estrella era pequeña, una más entre montones de estrellas. Pero ya en su propio suelo, mientras recorría en todas direcciones los largos caminos de su patria, el general empezó a notar que la estrella se iba volviendo más grande y luminosa, y su paso en el cielo era más decidido e impetuoso. Ahí se dio cuenta de que la estrella crecía porque él, a su modo, la estaba cuidando, regándola como hay que regar todas las amistades.

No le faltaron problemas al general aquí en su tierra, pero cada vez que aparecían las preocupaciones y las dudas, se asomaba al jardín del cielo y descubría allá a su amiga. Verla, sentir su presencia compañera, le daba seguridad y alegría. Una noche, cuando se proponía realizar



una gran hazaña por el bien de su patria y las patrias hermanas: cruzar una alta cordillera con todo su ejército y vencer del otro lado al enemigo, se sintió abrumado por las vacilaciones. Entonces salió al jardín y buscó su estrella, esperando de ella una respuesta. La estrella esa noche refulgía como nunca, suspendida en un cielo tan increíble que parecía al alcance de la mano. Al general sólo le bastó mirarla en silencio. No hacían falta las palabras entre dos viejos amigos. Y la estrella le hizo un guiño, aprobando al general y dándole el ánimo que le faltaba. –Muchas gracias, amiga –dijo éste–, ¿cómo nunca antes me preocupé por darte un nombre? Y, sin dudar un momento, bautizó a su estrella: Libertad.”

¿Le gustaría a su niña el cuento? ¿Se lo contaría alguna vez?

Allá lejos vio caer una estrella y pidió en secreto tres deseos. No diré cuáles, porque eran secretos.

–¿Cómo hacemos para cuidar el cielo? –se dijo pensativo el general. Y una voz interior pareció susurrarle: “Quizá haya que empezar por cuidar la tierra”.

Sus ojos brillaron de emoción:

–Las estrellas no están lejos porque podemos verlas y oír lo que nos dicen –exclamó el general (desde el campamento, algunos soldados cuentan que lo oyeron; también lo habrán oído el suri cordillerano y el cóndor)–. ¡El cielo está cerca! ¡Y le debemos tanta responsabilidad y amor como a la tierra!

NOTA: En la estancia El Leoncito se organizaron, entre 1814 y 1818, las avanzadas del Ejército de los Andes, y se dice que el propio general José de San Martín ultimó allí los detalles del cruce de la cordillera.

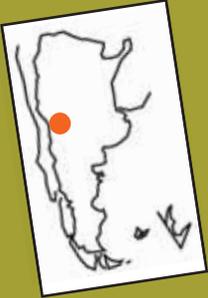


CORREDOR DE LAS ALTURAS

El suri cordillerano es una especie en peligro de extinción cuya cría en cautiverio fue declarada de interés nacional, como opción para evitar su desaparición



EL PARQUE



El Parque Nacional El Leoncito posee uno de los cielos más libres de contaminación del país.

DATOS ÚTILES

Creación: 15 de octubre de 2002, por ley 25.656.

Ubicación: al sudoeste de la provincia de San Juan.

Superficie: 72.962 ha.

Clima: frío seco en la zona alta y subtropical seco en la baja.

¿Qué protege?: ambientes desérticos de la región del Monte y Altoandinos.

Esta protección garantiza mantener límpidos sus cielos y brindar excelentes condiciones para las observaciones astronómicas.

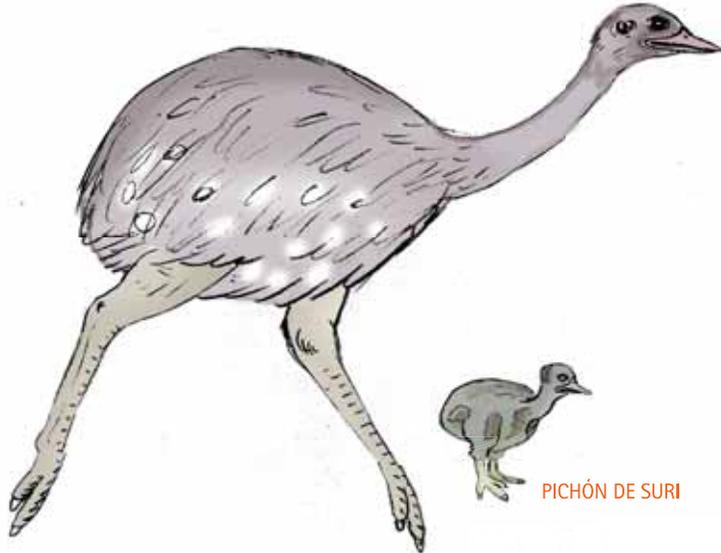
Origen del nombre: lo heredó de la estancia otorgada por "merced real" a Diego Lucero de Tobar en el siglo XVII.

Localidades cercanas:

Barreal (34 Km)

Uspallata - Mendoza (93 Km)

San Juan Capital (206 Km)



PICHÓN DE SURI

- El suri es un ñandú que habita la zona cordillerana del centro norte de Argentina.
- Es un poco más pequeño que su primo pampeano, por lo que se lo suele llamar ñandú petiso ¡a pesar de sus 1,10 metros de altura!
- A diferencia del resto de las aves, los ñandúes no tienen plumas rígidas en la cola ni en las alas. Por ello no pueden volar, pero corren muy rápido.



- Como todos los ñandúes el macho es quien incuba los huevos y defiende el nido. Sus huevos, muy codiciados por el hombre, pueden pesar ¡650 gramos!, como 10 huevos de gallina.

El Parque Nacional El Leoncito tiene al suri en su emblema, destacando así el valor de las áreas protegidas en la conservación de especies que se encuentran en riesgo de desaparecer.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CIENCIA Y TECNOLOGÍA

Ministro de Educación, Ciencia y Tecnología
Lic. Daniel Filmus

Jefe de la Unidad de Programas Especiales
Prof. Ignacio Hernaiz

Coordinadora de la Campaña Nacional de Lectura
Margarita Eggers Lan

Equipo de Campaña Nacional de Lectura
Diseño Gráfico: Micaela Bueno, Juan Salvador de Tullio,
Mariana Monteserin y Paula Salvatierra.
Comunicación: Leticia Zattara. Secretario: Gastón Havandjian.
Administración: Alejandra Arnau, Bruno Rosenberg, Ignacio Infantino.

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
Tel: (011) 4129-1075 / campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lees

ADMINISTRACIÓN DE PARQUES NACIONALES

Directorio

Ing. Agr. Héctor Espina (Presidente); Juan Carlos Garitano (Vicepresidente);
Dra. Patricia Gandini (Vocal); Raul Chiesa (Vocal); Lic. Cristina Armata (Vocal)

Director Nacional de Conservación de Áreas Protegidas
Lic. Roberto Molinari

Directora de Interpretación y Extensión Ambiental
Florencia Lance

Equipo de trabajo para la Campaña: Pablo Reggio, María Eugenia Nalé,
Cristian Blanco, Gisela Jaure, Mariana Altamiranda y Alicia Liva.

Alsina 1418 6º piso (1188) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel: (011) 4381-8606 / educacion@apn.gov.ar - www.parquesnacionales.gov.ar

RED DE LECTORES

Si querés conectarte con los chicos de las escuelas cercanas al Parque Nacional El Leoncito podés hacerlo escribiéndoles a Lateral de Presidente Roca s/n°. Barrea. (C. P. N° 5405). Provincia de San Juan.
Por correo electrónico a elleoncito@apn.gov.ar



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA y TECNOLOGÍA

Campana Nacional de Lectura

